

—Pues basta que renunciéis en ella vuestros derechos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues extended el documento en que conste así y lo firmaré.

—El notario insistió.

—Ya os he dicho que mi resolución es irrevocable, le contestó Cláudio.

El notario extendió el acta de cesión.

Y una vez terminada, dijo á Cláudio:

—Todavía no habéis firmado. Ved lo que haceis.

—Lo sé.

—Sois jóven, teneis porvenir... La gloria de los Kerandal puede hacer olvidar sus faltas. Vuestros hermanos han obedecido á rencores que se explican. ¿Dónde vais?

—Donde me lleve el destino.

—¿Sois pobre?

—Como todos mis hermanos.

—¿Qué medios teneis para ganar el pan de cada día?

—Soy médico, cambiaré mi nombre é iré á ejercer mi profesión, lejos, muy lejos de aquí.

—¿Con la bolsa vacía?

—Tengo cuatrocientos ó quinientos francos.

—Permitid á un paisano vuestro, á un viejo breton, que añada á esa cantidad algunos billetes de Banco. Ya me los devolvereis cuando podais.

El notario estaba profundamente conmovido.

Cláudio resistió en vano: le hizo aceptar siete mil francos.

—Siendo vuestro acreedor, supongo que me dareis noticias vuestras frecuentemente.

Cláudio estrechó en silencio la mano del notario y se alejó.

Eran las doce.

El tren de París debía salir de Vannes algunos momentos después.

Cláudio se dirigió á la estación, pidió un billete y tomó asiento en un wagon de tercera, donde tenía la seguridad de que nadie le conocería.

El tren partió.

¡Pobre Cláudio! ¡Qué mucho que al alejarse de Vannes se le llenaran ojos de lágrimas?

Detrás de sí lo dejaba todo.

Su familia, su nombre, la mujer á quien amaba.

Juana, al dar la última campanada de las seis, abrió la carta de Cláudio y leyó lo siguiente:

XXVI.

El adios

«Mi querida Juana:

»Nada nuevo os diría diciéndoos que os amo con todo mi corazón y que la idea de separarme de vos me despedaza el alma.

»Se me figura que se separa de mi cuerpo para perderse en la noche de la eternidad.

»Ojalá se realizara esta ilusión y mi cuerpo, solo é inanimado, reposara en el cementerio de Penhoet, al lado de mi madre y de mis hermanos, á quienes amo, á pesar de todo, especialmente á Santa, á mi infortunada Santa.

»Sufriría menos que sufro, y no me amenazaría la série de dolores y de humillaciones que me esperan en este mundo.

»Vos no sabeis mas que una parte de la verdad.

»Os la han ocultado cuidadosamente.

»Estábais demasiado débil para soportar este nuevo dolor.

»Hoy, que vuestra juventud ha triunfado de la muerte, podeis saberlo todo.

»Se ha cometido un crimen horrible.

»Mi hermano Jacobo ha asesinado á la señorita de Fonterose, que era un ángel de bondad y de hermosura como vos.

»El capitán Estrelles, uno de los huéspedes del castillo de Santa Gilda, ha sido también muerto por mi hermano.

»El notario Sr. Lesguidou ha aparecido ahorcado delante de la puerta de su casa.

»Y como si esto no fuera bastante, se ha reñido un combate fratricida en el que han perecido todos los míos.

»Penhoet no es ya mas que un monton de ruinas.

»Unico heredero de un nombre justamente execrado, abandono el pais donde he nacido y donde tendría que humillarme delante del último mendigo.

»Me voy, no sé dónde, sin recursos, pero con la conciencia tranquila.

»Dejaré mi nombre y tomaré otro.

»Todos los lazos que me unían al mundo se han roto.

»Siento tener que hablaros de asuntos de dinero.

»La fortuna que vais á heredar es muy considerable. El notario de Vannes, que es un hombre inteligente y probo, segun me aseguran, os dirá su importe total y os aconsejará el empleo que podeis darle.

»La señorita de Fonterose ha dejado hecho su testamento.

»Hoy, en virtud de ese testamento, vos sois su única heredera.

»El notario os explicará por qué.

»Vais á ser rica, mi querida Juana.

»Haced todo el bien que podais, para que la reparación sea tan completa como puede serlo en el mundo.

»Hago en este sentido un llamamiento á vuestro corazón.

»Vos tambien sois Kerandal.

»Voy á pedir os el último favor.

»Reunid en una misma tumba, en el cementerio de Penhoet, á mi madre y á mis hermanos. Jacobo y Corentin me lo han pedido así.

»Los Kerandal han tenido la virtud de amarse entrañablemente.

»Elevad también un monumento á Nicolasa de Fonterose, para perpetuar su nombre y su desgracia.

»He concluido.

»Adios, mi querida Juana. Os llevo dentro de mi corazón. Adios, para siempre. ¡Qué felices hemos podido ser!

»No nos volveremos á ver; pero... no me olvidéis, Juana, y compadeceadme.

»CLÁUDIO KERANDAL.»

Mientras Juana leía la carta, la señora Jacut la contemplaba fijamente.

Cuando Juana acabó de leerla, la dejó caer y rompió á llorar.

La señora Jacut se acercó á ella y la preguntó dulcemente:

—¿Por qué llorais?

—¡Nos engañabal murmuró Juana.

—¡Ha partido!

Juana dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Desgraciado! exclamó la señora Jacut, Ya lo temía yo. Todo lo que sucede de algunos dias á esta parte es espantoso. Pero, si os ama, volverá.

—No.

De repente, Juana irguió la cabeza.

—Yo le encontraré, aunque tenga que recorrer toda Europa de un extremo al otro. ¡Pobre Cláudio! No. Me has salvado y no sufrirás por mí. Sé lo que te debo y te lo pagaré. ¡Lo juro por la memoria de mis padres!

—¡Le amais tanto como él os ama á vos! exclamó la señora Jacut abrazando á Juana.

En aquel momento se alzó la puerta del cuarto y Marta anunció:

—El señor Roger de Ambares desea hablaros.

—Dejadle entrar, contestó Juana resueltamente. Y volviéndose hácia la señora Jacut, añadió:

—Dejadnos, pero no os alejeis mucho.

Roger se acercó á su antigua querida, pero no sin visible turbación.

Juana le señaló con la mano una silla.

—¿Qué pensáis hacer despues de lo que ha ocurrido? la preguntó Roger.

—No lo sé, contestó Juana.

—Yo regreso á París, repuso Roger, y antes de partir necesito hablaros. Tengo que haceros mi confesión.

—¿Para qué? replicó Juana. Lo pasado no puede volver.

Roger protestó de esta sentencia.

—No es vuestro corazón quien habla, dijo. Yo

nunca he dejado de amaros. Sólo la pérdida de mi fortuna nos ha separado. Me propusieron un matrimonio ventajoso y lo acepté para pagar mis deudas y recobrar mi posición en la sociedad.

Juana no desplegó los labios.

—¿Cuándo volveré á veros en vuestro hotel? la preguntó Roger.

—¿En mi hotel de la calle de Atenas?

—Sí.

—Nunca.

—¿Para mí?

—Para nadie. No volveré á poner los pies en él.

—¿Dónde nos veremos?

—No lo sé. No haré más que pasar por París. Sin embargo, necesito hablaros.

—Para decirme...

—Ya sabreis lo que tengo que deciros.

—De manera que puedo esperar...

—No se trata de eso.

—Tomais cruelmente vuestro desquite, Juana. La muerte de la señorita de Fonterose ha hecho fracasar un proyecto que acariciaba.

—¿Vuestro matrimonio?

—Sí. Pero no con la mujer que suponeis.

—¿Con quien?

—Con vos.

—No os comprendo.

—Leed esta carta.

Roger dió á Juana la carta que le había escrito Nicolasa, recobrando su libertad y pagándola al mismo tiempo.

—¿Y hubiérais seguido el consejo de mi prima? le preguntó Juana.

—¿Por qué no? Con verdadero entusiasmo.

—Me lo explico. Dos millones pueden mucho.

—¡Estais hoy terrible!

—¿Porque os digo la verdad?

—¡Bien cruelmente os vengais!

—Tal vez.

—¿Me odiais?

—No es ese el sentimiento que me inspirais. Es otro.

Roger palideció, pero se contuvo.

—Yo en cambio, dijo, os amo cada dia mas. Os he ofendido cruelmente es verdad. Pero muchas veces las apariencias engañan. ¡Si hubiérais podido penetrar en el fondo de mi corazón, habrías visto que estaba más lacerado que el vuestro!

—Entonces engañábais á la generosa joven que iba á hacer el sacrificio de daros su mano. ¡Engañar á dos mujeres á la vez es demasiado!

—Sois implacable.

—No, pero con el mismo derecho que vos habeis dispuesto de vuestro corazón, he dispuesto yo del mio. Vuestra traicion me justifica.

—¡Teneis un amante!

—No. Tengo un amigo leal y generoso. Me ha cedido la fortuna de los Kerandal, sin exigirme nada en cambio, y despues ha desaparecido.

—¿Quién es ese hombre?

—Claudio Kerandal.

—¿El médico que os ha asistido?

—El médico á quien debo la vida y la fortuna. Sería muy ingrata si no le amara.

—¿No sabeis dónde está?

—Lo ignoro.

—Es una verdadera novela.

—Es la verdad, y si conseguís encontrarle, os ofrezco una fortuna.

—¡Tanto le amais!

Juana contestó con acento solemne:

—Sí. ¡Tanto le amo! ¿Por qué he de ocultarlo?

—¿Os casaríais con él?

—No lo sé. Sólo puedo aseguraros que no me casaré con otro.

—¿Es esa vuestra voluntad?

—Mi voluntad irrevocable.

—No lo creo. Los lazos que nos unen no se pueden romper tan fácilmente.

—Vos sois quien los ha roto.

—Quereis mi desesperación... mi muerte.

—Nadie se muere de amor, y vos menos que nadie.

Hasta la vista, Roger.

—¿En París?

—Sí, en París.

Roger se levantó, y acercándose á Juana, la dijo en voz baja.

—Cuando me oigas, me perdonarás.

Juana se sonrió desdeñosamente.

—¿Me hablais así porque soy rica?

—Te hablo así porque eres hermosa y el fue-go de tus ojos me abrasa el corazón y me trastorna la cabeza. ¿Has olvidado nuestros dias de inefable ventura? Te amo tanto, que te mataria si te viera en brazos de otro hombre.

—Dos palabras para concluir. Yo os juro que no seré vuestra jamás. ¡Jamás! ¿No habeis comprendido de qué materia están formados los Kerandal? La lección no ha podido ser mas elocuente. Están formados de hierro. Yo soy tambien Kerandal.

—No conseguirás irritarme, repuso Roger cogiendo una mano á Juana y llevándosela á los labios. Serás mi mujer.

—Habeis recordado muy tarde vuestras promesas, señor de Ambares. Ahora es cuando debeis olvidarlas.

—No las olvidaré. Adios. Hasta que nos veamos en París.

XXVII.

El hotel de Ambares

La calle de Aguesseau es una calle propia de una provincia, cuya fisonomía no ha cambiado en medio siglo.

Los hoteles que hay en ella se parecen á las casas de las prefecturas de tercer orden, lo cual no impide que pertenezcan á las familias mas aristocráticas de París.

El aspecto del hotel Ambares es igual que el de los demás.

Consta de dos cuerpos y se eleva en medio de un jardincito.

El 15 de Noviembre estaba casi desierto.

Aunque hacia quince dias que Roger estaba en París, no había aumentado el personal de sus servidores.

Un buen fuego ardía en la chimenea.

Roger estaba sentado en un sillón al lado de la chimenea, fumando un rico habano.

De repente se abrió la puerta.

—¡Ah! ¿Eres tu, Máximo? exclamó Roger volviendo la cabeza, para ver quién era el osado que penetraba en su habitación sin hacerse anunciar.

—El mismo.

—Al menos tú no me abandonas.

—Vengo á anunciarte mi matrimonio.

—¿Con quién te casas?

—Con la señora de Revilly.

—¿Un matrimonio por amor?

—No, Un matrimonio de conveniencia. El general ha ido más de prisa que yo.

—¿Se ha casado también?

—Sin que lo sienta la tierra.

—¿Con la señora Simonet? Así no tendrá que educar á los hijos de los demás.

—Supongo que los suyos no la darán mucho que hacer. ¿Y tú? ¿Qué haces? ¿Qué piensas?

—Mi presente es triste; mi porvenir incierto ..

—Ayer ví á la señora de Fonterose. Me ha causado verdadera lástima. No ha sabido lo que valía su hija hasta que la ha perdido. Piensa retirarse á su pueblo natal. ¿Sabes quién ha heredado á tu prometida?

—Sí. Juana Trelan.

—Es verdad.

—¡Terribles contrastes de la vida!

—En efecto. Aquella desgraciada, que no tenía sobre qué caerse muerta, es hoy uno de los mejores partidos de Francia. Y tú...

Roger no contestó.

—Pero la verdad es que lo merece, prosiguió Máximo. Es una mujer encantadora.

—¿A quién se lo cuentas!...

—En Bretaña la ama todo el mundo y su nombre es bendecido por los pobres. Ha hechizado al procurador de Vannes, que es ya su consejero íntimo y su amigo. El notario, señor de Desrozieres, está loco por ella. El encanto ha sido general. ¿Piensas todavía en Juana?

—Pienso... que no podré vivir sin ella. La buscaré, me arrojaré á sus piés, y si me rechaza... la mataré ó me mataré.

—Ya te lo había advertido. Es peligroso correr dos liebres á la vez. La sabiduría de las naciones se ha pronunciado contra este sistema. ¿Qué dice tu hijo de Judea, Moisés Blunner?

—Está furioso. Todos los días, á estas horas, me da un escándalo. Me extraña que no haya venido hoy.

En aquel momento se oyó la campanilla.

Y un momento despues anunció el ayuda de cámara:

—El señor Blunner pregunta si el señor de Ambares recibe.

—Dejadle entrar, contestó Roger.

Y dirigiéndose á Máximo, añadió:

—No te vayas. Estoy decidido á todo. Al fin tendré que levantarme la tapa de los sesos. Esta es la liquidación de cuentas que preparo á ese miserable.

—De seguro no contaría con que le pagases en esa moneda. ¡Mira lo que haces!

El judío entró.

Al ver al conde de Presle se quitó el sombrero.

Pero, recordando que era el amo de aquella casa, no tardó en recobrar su habitual aplomo.

—¿Venís á que arreglemos nuestras cuentas? le preguntó Ambares.

—A eso vengo.

—Pues sentaos y encended un cigarro, que la operación será larga.

—Muchas gracias, dijo el judío tomando el cigarro que le daba Roger.

—Empezad, señor Blunner, dijo Roger. ¿Cuánto os debo?

—Setecientos treinta y cuatro mil francos y diez céntimos, más los intereses correspondientes desde el 15 de Noviembre último. Un año justo.

—¡Bonita cantidad!

—¿Cómo pensais reintegrármela?

—El problema no puede ser más claro, objetó Máximo. Pero hay otro problema que resolver. ¿Qué cantidad te ha entregado este caballero, Roger?

—En este momento lo ignoro, repuso Blunner.

—¿En cuánto has vendido tu hotel á este caballero? siguió preguntando Máximo.

—En cuatrcientos mil francos, á retroventa.

—Vale el doble.

—El señor Ambares puede recuperarle entregándome los cuatrocientos mil francos. Hasta mañana puede hacerlo. Pasado el día de mañana, el hotel es mío.

—Tenemos, pues, como primera partida...

—Cuatrocientos mil francos, añadió Blunner.

—¿Tus demás bienes están hipotecados?

—Por su valor.

—Puedes venderlos, y con la diferencia vivir modestamente.

—¿Y cómo tratáis de pagarme los setecientos treinta y cuatro mil francos y diez céntimos?

Máximo se sonrió ligeramente.

Evidentemente sabía algo que los demás ignoraban.

—Hubiérais debido acudir á la fortuna cuando la teníais á vuestro lado, en vuestras manos, repuso Blunner dirigiéndose á Roger. ¿No sabéis que Juana Trelan ha heredado todos los bienes de su prima? Juana debió ser vuestra gallina de los huevos de oro. Habéis cometido una verdadera necedad, Sr. Ambares.

—Creo que teneis que arreglar hoy otras cuentas, dijo Máximo interrumpiendo á Blunner. Son las nueve y treinta y cinco minutos y á las diez estais citado en el hotel Maurice. ¿No es verdad?

—Os engañais, contestó Blunner con asombro.

—Estoy seguro de ello, repuso Máximo. Ved esta carta en que me lo anuncian.

A medida que el judío leía la carta, cambiaba de color.

—¡Cosa más singular! exclamó.

Y poniéndose el sombrero salió bruscamente.

En cuanto se cerró la puerta detrás de Blunner, Máximo dió otra carta á Roger.

Roger, al verla, palideció, murmurando:

—¡De Juana!

Juana le citaba en aquella carta, para aquel mismo día, á las once de la mañana.

XXVIII.

Liquidación de cuentas

Moisés Blunner tomó el primer coche que halló al paso y dijo al cochero:

—Al hotel Maurice.

Durante el camino leyó la carta que le había dado Máximo.

«Caballero:

»Me pedisteis permiso para volver á verme. Hoy soy yo quien os ruega que me veais en el hotel Maurice, donde estoy alojada provisionalmente. Se trata de asuntos de mi padre, acerca de los cuales quiero conocer vuestra opinión.

»Os espero á las diez en punto.

»Recibid la seguridad, etc.

»JUANA TRELAN.»

Cuando penetró en la habitación de Juana Trelan,